



## CAPITULO XXI

[PADRE Y MEDICO]

Ocho días después de la escena referida, el Doctor, encerrado en su gabinete, escribía á su amigo Don Esteban la siguiente carta, que á menudo interrumpía para enjugar las lágrimas que de sus ojos corrían:

“Mi amado amigo:

¡Duerme mi hija en el cuarto inmediato!

Estoy escuchando perfectamente el sonido de su respiración áspera y desigual, y me aprovecho de este instante para escribir á usted, como hemos convenido, y para desahogar en el seno de la amistad el dolor con que me siento morir.

Desde la última vez que he escrito á



usted, ha seguido cada día más mala; pero precisamente en esta última semana es cuando la enfermedad se ha desarrollado de una manera espantosa y cuando he tenido que emplear, para combatirla, los medios más crueles y más inhumanos.

Figúrese usted, amigo mío, que yo mismo, padre inhumano, he puesto un cáustico sobre su pecho; que yo mismo, como un infame, he desgarrado, hasta hacer brotar la sangre, ese pecho tan blanco, que parecía sólo formado para exhalar cantos de amor y palabras de consuelo.

Pero ¡Dios mío!, bien sabes que era un recurso necesario que yo mismo he estado dilatando, acaso más del tiempo que debiera; que en ese cáustico está puesta mi última esperanza, y que si ésta se desvanece, como tantas otras, entonces no hay más que sufrir y resignarse.

¡Cuánto ha sufrido! por no hacerme padecer, ha contenido sus gemidos, ha ahogado sus sollozos, ha intentado sonreírse mientras duraba la cruel operación, como si su infeliz padre no estuviese conociendo ¡cuánto! ¡cuánto! debía estar padeciendo! ¡como si mil veces no hubiese escuchado los gemidos de hombres fuertes y sufridos!

Todos los días, á la hora de la curación, se repite esta dolorosa escena,

Más querría yo que llorase, que exhalase libremente sus gemidos, y no que se sonría con esa risa de mártir.

Hay una idea que la mata, que la lastima dolorosamente en medio de sus padecimientos físicos: su amor, su amor imposible, su amor de mártir, y sin embargo, ni una palabra, ni una queja amarga contra tanta ingratitude, contra tan cruel abandono.

¡Cree usted, Don Esteban, que esta pobre niña deje de comprender que Fernando la borró de su memoria y que ha echado su corazón en otros brazos?

No; lo comprende muy bien; pero se calla, sufre y perdona.

¡Dios mío! ¡cuánto sufrimiento! y ¡cuánta resignación!

En este momento acaba de exhalar un gemido; he corrido á su cuarto; pero la he encontrado dormida, con su rostro apacible, con su sonrisa de ángel.

La he besado en la frente, silenciosamente para no despertarla, y me he vuelto de puntillas á escribir.

¡Dios mío! la veo latir todavía y aunque conozco que su vida se está apagando como una lámpara, no puedo reanimarla.

¡Señor! yo os daría toda mi vida, pasada durante treinta años en el alivio de los sufrimientos de la humanidad, por el rescate de esa vida de mi corazón.



Hay momentos, Don Esteban, en que al ver el poco efecto que producen las medicinas, que tanto cuidado pongo en preparar y que los autores consideran como infalibles, maldigo el pensamiento que me impulsó á adoptar una carrera de tinieblas, en la que el que más hace, camina á tientas.

¡Oh! la ciencia es un abismo inmenso, insondable; que sólo cuando la luz nos alumbra podemos contemplar desde el borde, pero ¡ay! del que osare penetrar en él.

¿De qué me sirven tantos años de estudio infatigable y de constante observación?

De saber la marcha terrible de la enfermedad, de conocer, como si las viera, las transformaciones mortales que se están haciendo en los órganos del pecho de mi hija, transformaciones que no puedo impedir.

Dicen los sabios que la ciencia avanza; porque pueden apoderarse de un cadáver y ver y tocar los cambios morbosos que han causado la muerte, porque pueden referir tales ó cuales desarreglos orgánicos tales ó cuales síntomas observados durante la vida; porque pueden hacer un buen diagnóstico de una enfermedad.

¿Pero de qué sirve, si no pueden detener esa horrible marcha, si su terapéutica es impotente para volver á su estado

normal los órganos destruídos por la enfermedad?

Más valdrían menos autopsias y observaciones patológicas y más experiencias terapéuticas; más medicinas y menos teorías.

¿Qué vale el perfecto conocimiento de un órgano, cuyos últimos ramos nerviosos microscópicos se pueden seguir por la economía, si no se puede impedir la muerte, que se produce por una alteración imperceptible de ese órgano?

¡De nada! ¡orgullo! ¡siempre orgullo! ¡teorías! ¡siempre teorías! y al fin de todo nuestra pequeñez, nuestra miseria, nuestro lodo.

¿De qué me sirve á mí, infeliz padre, el título de sabio y los honores que llevo?

Muchas veces me han llamado llorando los hombres, su salvador, su padre.

Muchas madres han caído á mis pies abrazando mis rodillas, entre sollozos de gratitud, porque había vuelto á su seno amante un hijo que era su vida.

Muchos amantes me han bendecido porque había vuelto á sus brazos al sér amado, que se moría, porque con mi ciencia había reanudado la rota cadena de su felicidad.

Y yo he llorado también como ellos, porque en mi loco orgullo había creído que la vida y la felicidad estaban bajo el dominio de la ciencia, y que mientras



más supiese, más podía ser el bienhechor de la humanidad.

Y ahora ¡Dios mío! ahora que me siento débil, ¿no podréis hacer por mí lo que yo tantas veces he hecho para los demás?

¿Queréis castigar mi loca soberbia de una manera tan cruel?

¡Oh! ¡Señor!, sería una injusticia, sería un crimen..... ¡Silencio! Vos sabéis lo que hacéis; si está dispuesto así, á mí, pobre mortal, no me toca más que sufrir y resignarme.

¡Volvedme á mi hija! y os juro que emplearé los días que me restan para el viaje de la vida, en consolar á los desgraciados, en bendecir vuestra Omnipotencia y en orar por mi hija. ¡Volvédmela! ¡Señor! ó hacedme morir antes que ella!

Sí, amigo mío, en esta semana he envejecido de veinte años.

No puedo dormir un momento.

Varias veces, durante las altas horas de la noche, abandono mi lecho de tormento para dirigirme silencioso al lado de mi hija.

Si ella está despierta, finjo cualquier pretexto para ocultarle mi ansiedad; si por el contrario, duerme, ¡oh!, entonces me acerco de puntillas á su lecho y paso largo tiempo contemplando su rostro á la tenue luz de una lámpara que ilumina la estancia, contemplo entristecido

sus facciones cubiertas por una palidez mortal, sus labios blancos formando una sonrisa de resignación, el círculo sombrío que rodea sus cerrados ojos, escucho su respiración estertorosa, porque uno de sus pulmones ya no ejerce absolutamente sus funciones y el otro pronto se afectará todo, de igual manera.

¡Oh! entonces habrá llegado el término fatal que preveo.

Muchas veces despierta, y al abrir sus ojos me encuentra junto á su lecho, pálido, afligido, con el rostro descompuesto por el dolor, contemplándola con ansiedad.

Al verme, se sonríe, y tomando mi mano entre las suyas, me dice con ternura:

—¿Pero qué hace usted aquí, papá, á estas horas, no ve que le hace mal el levantarse?

Yo, ahogando mi emoción, le respondo:

—¡Oh! no, nada, hija mía, sino que me parecía haberte escuchado quejar, y como no puedo dormir, me he levantado para ver si querías alguna cosa.

—No; me siento bien, papá; pero vaya usted á dormir un poco.

—Pero hija.....

—Nada, si se queda usted aquí, me enojaré.

Y entonces vuelvo á mi aposento y me pongo á escuchar detrás de la puerta, hasta que por su respiración conozco que



se ha vuelto á dormir, y de nuevo la contemplo dormida.

Después me encierro en mi gabinete y devoro todos los libros en las páginas que tratan de la enfermedad de mi hija; pero ¿qué puedo encontrar que ya no sepa? por el contrario, sólo me aseguro cada vez más, de la terminación del mal.

Quisiera que todos los libros de que se compone mi biblioteca, tratasen de esa enfermedad, para ver si acaso encontraba yo algo nuevo que me hiciese sentir un vislumbre de esperanza, quisiera que todos los enfermos para quienes soy llamado, presentasen ese mal, para probar aún mis fuerzas.

Las pocas horas que paso fuera de casa, en el ejercicio de mi triste profesión, son un tormento para mí, porque me parece que en mi ausencia va á acontecer algo terrible y cuando vuelvo procuro leer en todas las caras de los criados lo que pasa.

Precisamente días pasados he estado asistiendo á una joven de la misma edad de mi hija y que sufría hace tiempo con su misma enfermedad.

Era el encanto, la adoración de sus desgraciados padres, que habían puesto en mí sus últimas esperanzas. La he visto ir presentando los mismos síntomas que mi Clemencia, como ella la he visto irse consumiendo, y me he desesperado

al ver el poco efecto de mis medicinas, que son las mismas que he empleado para mi hija.

Por fin, antes de ayer, después de una tranquila agonía, ha muerto. ¡Dios mío, cómo morirá mi hija!

¡Señor! ¡Señor! ¡vos no lo permitiréis!

He vuelto á la casa llorando lo mismo que lloraban sus padres.

El otro día al entrar en el cuarto de Clemencia me ha recibido con las siguientes palabras:

—¡Padre mío! quisiera que me concediese usted un favor.

—¿Un favor? he preguntado sonriéndome.

—Sí, señor.

—¿No será como el del otro día, de ir al jardín, que ya ves el mal que te ha causado?

—¡Oh! no, señor, ésta sí que es una cosa muy sencilla

—Bueno, bueno, hija mía, di....

—Quisiera tocar en mi piano algunas piezas, por la última vez, ya ve usted que esto no me puede causar ningún mal.

—Pero ¿no ves, niña, que no puedes hacer ningún movimiento, porque te lastima el pecho.....?

—Sin embargo, me ha interrumpido, no porque deje yo de tocar, he de seguir menos mala y estaré de esa manera



muy entretenida, los días que aun tengo que estar en la cama.

Y sus ojos al decir estas palabras, se llenaron de lágrimas.

Yo sentía un nudo ahogando mi garganta.

—Pero dime, ¿para qué quieres tocar? ¿no ves que la música te hace tanta impresión? ¿para qué lastimarse el corazón con el recuerdo de cosas ya pasadas, que al fin no tienen ya remedio? Deja, niña, esos pensamientos tan tristes y procura distraerte.

Sus ojos volvieron á arrasarse de lágrimas.

Al cabo de un momento de silencio, me dijo con triste lentitud.

—Sí, señor, es cierto, pero sí al fin ya me voy á morir, ¿por qué no darle gusto á una moribunda? ¿Qué mal se puede ya pensar de una muerta?

—En efecto, me he dicho, ¿por qué no darle gusto á una moribunda?

Y he hecho acercar el piano á su lecho y colocarlo á una altura regular, para que no la molestase.

Se ha incorporado en la cama y ha comenzado á tocar muy despacio y muy quedo, de una manera tan triste, tan triste, que me he salido precipitadamente de la estancia, porque sentía que el corazón se me había reventado dentro del pecho.

No ha querido, por más que he hecho, que se retirase el piano, y por las tardes, cuando comienza á invadir su marchito sér la fiebre, se pone á tocar, y aun algunas veces, á pesar de mi expresa prohibición, canta en voz baja.

¿Y qué le parece á usted, amigo, que toca?

Todas aquellas piezas que en otros días tocaba al lado de Fernando, y más particularmente, las que á éste le agradaban.

¡Cuánto tormento!

¿Cómo hacer para arrancar de su corazón ese pensamiento tirano que le ocupaba, despedazándole de una manera dolorosísima! ¡esa carcoma tenaz de su existencia ya herida!

A veces pienso que si Fernando volviera, acaso su presencia la reanimaría.

Pero es más probable que en el estado en que está, las fuertes sensaciones la acabasen de matar.

Y luego, aunque se concedan los remedios morales, para un mal tan físico, tan terriblemente seguro, ¿cómo hacer venir á ese joven, que lo mismo que le pronostiqué á usted hace dos años, la ha olvidado completamente en medio del torbellino de México y durante un año, ni una sola carta, ni un recuerdo le ha consagrado.

Por consiguiente, después de haber



buscado la medicina de mi hija, en el clima, en todos los medios de que hablan los autores, en un cuidado especial; al verla morirse día á día, no me queda ya más que decir con el Dante, esas desconsoladoras palabras de un dolor sin tregua:

“Lasciate ogni speranza.”

Espero á usted, amigo mío, en uno de estos días, según me lo ha prometido.

¡Oh! venga usted, venga, porque necesito tener á mi lado un amigo con quien desahogar mi dolor, un amigo que me consuele y ayude en las tribulaciones.

Suspendo por ahora mi carta, porque Clemencia no debe tardar mucho tiempo en despertar y voy á ver el efecto que ha producido la última medicina que le he dado.”

El Doctor cerró silenciosamente la carta y corrió al lado de su hija, que en este mismo momento despertaba.



## CAPITULO XXII

### UN MUERTO ANTIGUO

Fernando había partido de México al amanecer del día siguiente al que lo hemos visto tan afligido y tan arrepentido. Al dejar tras de sí la opulenta capital, no pudo menos de lanzar un suspiro, por el tiempo de olvido y casi de prostitución que en ella había pasado, olvidado de Clemencia.

Peró la resolución del joven, aunque tardía, era irrevocable, y esto contribuyó en parte á hacerle recobrar su tranquilidad. Además, el país que atravesaba, era delicioso de contemplar, y muy capaz por sí solo de distraer un pesar por intenso que éste fuese.